

estas pocas años que tienes de vida, que después vendrá el descanso, y éste será sin fin».

Afectos y súplicas.

Lloraré, Señor, pero no con un llanto que proceda de la carne, porque el que llora según la carne, ¿qué consuelos puede tener? Consolaciones molestas y dignas de ser temidas.

El consuelo del que llora es el temor de volver a llorar. El verdadero consuelo consiste en recibir lo que jamás se ha de perder. Puedo, pues, gozarme con la esperanza de ser consolado, si ahora lloro mi destierro. Que yo llore hasta tanto que mi alma se despoje de sus ilusiones y mi cuerpo se revista de salud, de la verdadera salud, digo, que es la inmortalidad.

Por graves que sean mis trabajos, no igualarán jamás a los insultos inferidos a ti, a la flagelación, la ignominia del manto de púrpura, la corona de espinas, y, finalmente, la cruz.

Beberé, Señor, este amargo cáliz para recobrar la salud; lo apuraré sin temblar, porque, para animarme, lo bebiste tú primero. Lo bebiste tú, que, no teniendo pecado alguno, no tenías enfermedad que necesitase este medicamento.

Beberé este cáliz hasta que pase toda la amargura de este mundo y llegue la otra vida, en la cual no habrá escándalos, ni iras, ni corrupción, ni amargura, ni fiebres, ni doblez, ni enemistades, ni vejez, ni muerte, ni disensiones.

Nadie me diga: «*Tú eres feliz*». El que tal cosa me diga, quiere seducirme. Es engaño, sí, porque esta tierra es región de escándalos, de tentaciones y de todos los males; es, en verdad, la morada de los muertos; pero esta región de los muertos pasará para dar lugar al reino de los vivos.

En la región de los muertos abundan los trabajos, las penas, las tribulaciones, las tentaciones, los gemidos y los suspiros. Aquí, los aparentemente dichosos son realmente infelices, porque la felicidad falsa es una desdicha verdadera.

Si, por el contrario, reconozco ahora mi infelicidad, encontraré después la felicidad verdadera. Y precisamente porque ahora me considero infeliz, me parece escuchar que me dices: *Bienaventurados los que lloran*.

Ciertamente, ¡bienaventurados los que lloran! Nada más unido a la desgracia que el llanto, como nada más distante y contrario a la desdicha que la felicidad. Y, sin embargo, ¡hablas de los que lloran y los proclamas felices! Hazme entender, Señor, sus palabras.

¡Cuán bueno eres, Dios mío! Si dejases de mezclar amarguras en mis dulcumbres terrenas, me olvidaría completamente de ti.

Meditando con San Agustín

Bienaventurados los que lloran

Tan pronto como nacemos empezamos a caminar. ¿Quién hay que esté quieto? ¿Quién es el que tan pronto como entra en el camino no se ve obligado a andar? El niño, apenas nacido, empieza a caminar, a crecer, hasta que llega al término, que es la muerte.

1º El llanto es la herencia común de todo hombre.

¿Quién no llora aquí, en este áspero camino, si el niño mismo lo empieza llorando?

Es cierto que, al nacer, el niño sale de las estrecheces del seno materno al amplio horizonte del mundo, pasando de las tinieblas a la luz; mas en este tránsito de las tinieblas a la luz puede, sí, llorar, pero no puede reír.

Pregunta al recién nacido por qué empieza su carrera llorando. Cuando al nacer llora, hace de profeta de su desventura, porque las lágrimas dan testimonio de la desventura.

Aún no habla y ya es profeta. Profetiza que vivirá en medio de dolores y sobresaltos. Pues aunque viva bien y sea justo, sin duda, en cuanto asediado de las tentaciones, tendrá siempre motivos para temer.

Los hombres unas veces ríen y otras lloran; pero aun la risa es digna de lástima. Uno llora su desgracia; otro llora su tortura, porque está encerrado en la cárcel; otro llora la muerte de uno de sus más íntimos; uno por una cosa y otro por otra.

2º El hombre justo es el que más llora, pero sabe llorar como conviene.

Pero de todos éstos, el que principalmente y de verdad llora es el justo, que llora por todos los que lloran estérilmente. Este llora por los que lloran, y llora por los que ríen; por los que lloran sin causa, y por los que ríen para su mal.

El justo es, por consiguiente, el que más llora siempre; y llora más que todos. Lloro al ofrecer sus obras buenas a Dios por medio de la oración.

El peregrino que no llora da muestras de no tener deseos de llegar a la patria. Si deseas lo que no tienes, debes llorar. ¿Cómo, si no, podrás decir a Dios: *Has puesto mis lágrimas en tu presencia?* (Sal. 55 9). ¿Cómo le podrás decir: *Mis lágrimas fueron mi pan de día y de noche?* (Sal. 41 4). Mis lágrimas se convirtieron en mi pan, esto es, consolaron al que gemía y alimentaron al que padecía hambre.

¿Qué justo hay que no haya tenido estas lágrimas? El que no las haya tenido, no ha sentido la pena de ser desterrado. Y ¿con qué cara podrá llegar a la patria el que no suspiró por ella cuando estaba ausente?

Copiosas son las lágrimas de los justos; pero sólo mientras peregrinan en esta vida, porque en la patria no se llora.

3º También tienen que llorar los mundanos, mas su llanto carece de fruto.

Aquellos, por el contrario, que ahora frívolamente ríen y sin razón lloran, porque viven a merced de sus pasiones, gimen cuando se ven engañados y se alegran cuando son engañadores. Lloran también éstos a lo largo del camino; lloran, sí; ¿y no hay llanto en medio de sus risas? ¿Y qué podrán recoger los que nada sembraron? Sin embargo, harán, sí, cosecha: siembran espinas y recogerán fuego.

Si yo quisiera exponer todas las miserias de esta vida, ¿tendría tiempo suficiente?

Este mundo es una cárcel: su tristeza es verdadera y su alegría falsa; cierto el dolor e incierto el placer; dura la fatiga, y con sobresaltos el descanso; infeliz la realidad, y vana la esperanza de felicidad.

Es infeliz todo corazón enredado en el amor de las cosas percederas, cuya pérdida lo destrozan, descubriendo así cuán miserable era aun antes de perderlas.

Considera este siglo como un mar en que reina un viento fuerte y domina una gran tempestad. Tempestad es para cada uno la pasión que le domina.

¿Amas a Dios? Caminas sobre las aguas, es decir, tienes bajo tus pies la soberbia del mundo. ¿Amas el mundo? Te anegará: el mundo sabe devorar a sus amadores, no llevarlos.

¿Piensas que sopla el viento contrario cuando ocurre alguna adversidad en este mundo? Cuando sobrevienen las guerras, los tumultos, el hambre, la peste; cuando a cualquier hombre amenaza una calamidad privada, entonces se piensa que sopla viento contrario y que es necesario invocar al Señor.

Al contrario, cuando el mundo sonríe con la felicidad temporal, no se juzga que el viento sea contrario.

Pues bien: no debes atender a estos indicios para saber si el tiempo es bueno; pregunta, sí, pero a tus inclinaciones. Mira si hay bonanza dentro de ti, examina si no te trastorna el viento interior: esto es lo que debes observar.

Señal de gran valor es luchar contra la prosperidad, para que ésta no seduzca, corrompa o trastorne. Gran virtud, en verdad, es luchar contra esta felicidad; y gran felicidad es no ser vencido por la felicidad.

En medio de tantas calamidades, ¿acaso te atormenta también el remordimiento de alguna culpa grave? Apaga con tus lágrimas el fuego del pecado, llorando en la presencia del Señor; sí, llora sin temor delante de Dios, que te ha hecho, y no despreciará en ti la obra de sus manos.

Gime ante el Señor, derrama lágrimas en su presencia, confíesate a él, adelántate a ofrecerle el arrepentimiento de tu culpa. ¿Quién eres tú, que lloras y te confiesas en su presencia, sino una criatura suya?

Gran motivo de confianza en presencia del Creador debe ser esta consideración de ser criatura suya, y no una criatura hecha de cualquier manera, sino creada a su imagen y semejanza.

4º Utilidad de las tribulaciones.

Cuando la adversidad te cerque, apártate del ruido exterior y entra en el secreto santuario del espíritu, y aquí, cerrada la puerta a toda distracción del exterior, humíllate con la confesión de tus pecados, engrandece y alaba al Señor que te corrige. Esa ha de ser siempre tu conducta.

Créeme: hablo por experiencia propia: he tenido tribulaciones, he invocado al Señor, y jamás he sido defraudado; he esperado en Dios, y no he sido nunca confundido; el Señor iluminó las dudas de mi mente y calmó mis ansiedades.

No te consideres nunca solo, porque Cristo está presente en tu corazón a través de la fe.

Quizá algunas veces creas que estás abandonado porque el Señor no atiende tu súplica de librarte cuando tú deseas. Considera que toda la miseria humana en que gimes es dolor medicinal, no castigo sin recompensa.

Quizá me digas: «¡Es tanto lo que sufro!» Sea así, pero el Señor te aflige fuertemente porque es grande el premio que has de recibir.

Por lo demás, ¿qué cosa es lo que sufres? Supongamos que desde tu nacimiento hasta la muerte, de edad en edad hasta la ancianidad, y hasta el fin de tu vida, padezcas los trabajos del santo Job, sufriendo desde la infancia todo lo que él sufrió durante aquellos pocos días. Pues bien: tus sufrimientos pasarán y se acabarán, mientras que el premio que recibirás no tendrá fin.

No quiero con esto decirte que juzgues iguales las aflicciones a la recompensa, no; compara, si puedes, el tiempo con la eternidad.

¿Qué son un millón de años de sufrimientos? Este millón de años pasará, mientras el premio, que el Señor te dará, no acabará jamás. ¡Qué gran misericordia la de Dios! No te dice: «Sufre durante un millón de años»; ni siquiera: «Ten paciencia por quinientos años»; sino que te dice: «Sufre un poco durante